

F á b u l a d e l a p i n t o r a n o r t e a m e r i c a n a y e l s e m i n a r i s t a g o r d o

Esta norteamericana era, como yo y algún otro más, huésped permanente del hotel de Cuernavaca donde recibí los cinco años de mi permanencia en México. A la distancia la evoco fulgurando ante mis ojos como un típico maniquí sajón: la piel levemente sonrosada, ojos azules y chispeantes, cabellera rubia restallando en la luminosidad un tanto ostentosa del aire cuernavaquense. Ya no era joven, pero sabía pasear con desparpajo y gallardía una suerte de inocencia infantil que revoloteaba en su humor, en el chisporroteo de su andar, en su pésimo pero simpatiquísimo español, con el que sabía ganarse la sonrisa condescendiente de los hispanohablantes que la trataban.

Gustaba presentarse llevando encima modelos más refinados de lo que parecían, que exhibía (sin exhibir) bajo el camuflaje de un ufano descuido. Nunca prescindía de algún toque extravagante en su arreglo. Le encantaba protegerse del amable sol cuernavaquense con sombreros de paja enhiestos y graciosos, circundados por vistosas cintas de seda, que variaban cada día sus motivos y colores según los humores cambiantes de su dueña. O bien se envolvía el cuello con un aparatoso pañuelo flotante, de gasa por lo general violeta, su color preferido.

Llevaba también, como una adorno más (que ella manejaba sabiamente), un graduado toque de tilinguería, o de afable descocamiento, que no sólo le sentaba de maravillas a su alegre talante, sino que le servía de pase libre para ser acogida de buen grado en cualquier ambiente que se le ocurriera frecuentar.

Debo reconocer que la complacencia de vivir que iba dejando como una estela a su paso, provenía en buena medida del cuidadoso riego diario de gin, whisky o tequila a que se sometía en privado, en lo escondido de su pieza de hotel, ya que no recuerdo haberla visto hacer ostentación pública de su inclinación alcohólica más que tiránica.

Le encantaba llevar una vida bohemia y desordenada (iba a poner "desorejada", lo que no hubiera sido excesivo), y su figura volante andaba circulando cada día, y sobre todo cada noche, por los bares y terrazas más concurridos del Centro de Cuernavaca. Lo cierto es que resultaba una presencia bienvenida, tanto en las ruedas de compatriotas -una colonia bastante numerosa en aquella ciudad-, como en los cenáculos y bebederos de gente mexicana que la recibía hasta con batir de palmas en sus risueños corros de tequila.

Como si fuera un estandarte y una gracia más, llevaba a todas partes su fama de mujer sentimental y enamoradiza, que a pesar del otoño no renunciaba a los esplendores del amor, según los rumores que por todo Cuernavaca corrían.

Esta prodigalidad, estos ardores crepusculares que en ella eran todavía fragantes, no fueron jamás obstáculo para su catolicismo de misa semanal. No faltaba jamás a los oficios dominicales en la Catedral -y era una misa con música de mariachis-, adonde solía presentarse luciendo atuendos flamígeramente juveniles y un aire triunfador de estudiante universitaria liberal y de avanzada.

Para completar sus dones, resulta que era además pintora. Como creadora plástica, tuvo un indudable mérito artístico que es justo resaltar: jamás mostró sus cuadros. Se encerraba horas en su habitación para pintarlos, pero sólo alcanzaron a conocer sus obras las mucamas del hotel, que después comentaban, azoradas, que consistían en "unas manchas de colores fuertes, desparramadas por la tela sin tón ni són". Buena señal, pensé yo: una pintora no figurativa, pero con una incontenible carga pasional. No me pareció una mezcla desdeñable.

Nadie en el hotel pudo averiguar ni una hilacha de su historia; a qué se habría dedicado antes en su país, cómo fue a parar a México, y a Cuernavaca, y a ese hotel de categoría más bien ínfima. Me sorprendió esa elección en una mujer como ella, que trasuntaba en su estilo y en su comportamiento un origen social, si no de cinco estrellas, cuando menos de cuatro. Sin embargo, no arrastraba ningún resentimiento, ninguna amargura por ese pasado esplendor que se le adivinaba. Uno recogía la impresión de que nada de lo vivido antes le pesaba ya, atenta únicamente al presente estricto. Y creo que ese no arrastrar lastres ni complicarse con ellos, formaba parte de la impresión de levedad y juventud que el observador recogía con solo mirarla. Parecía vivir con un desapego deliberado o un desinterés olímpico por lo que no apareciera delante de sus ojos en cada momento.

Y un día apareció delante de sus ojos (y de los míos, que andaba por ahí) un huésped nuevo en el hotel. Era corpulento como un luchador, de expresión adusta detrás de unos lentes anticuados, y con una tiesura severa a pesar de una pelambre anárquica y una barba oscura que caía desorganizada tapando las solapas de su saco negro. Se estaba registrando en la Recepción del hotel, y yo registré que ella registró su llegada. No me explico por qué le pudo llamar la atención. Si me mandaran describir un ejemplar humano que estuviera en las antípodas de la fresca y jugosa norteamericana, habría elegido a este adusto varón recién llegado.

Se ignora cómo lo averiguó la pintora, pero el hecho es que esa misma tarde ya sabía que el desconocido era un seminarista que marchaba a cierta ciudad lejana de México, a ordenarse de sacerdote de vaya a saber qué congregación.

"¡Clavado!", pensé yo. "¿Qué otra cosa que entrar de cura podría hacer en la vida este hombre con semejante apariencia?" Pero se ve que la norteamericana no estaba para nada de acuerdo conmigo.

Antes de internarme en esta historia que no sabemos hacia dónde puede derivar, quisiera abrir un pequeño paréntesis para consignar que esta norteamericana alcohólica, no fue, ni mucho menos, el único caso de norteamericano y de alcohólico que pude registrar en mis cinco años de permanencia en Cuernavaca. Al contrario: fueron numerosos los ejemplares que conocí, y, en algunos casos, que traté. El hecho me intrigó desde el principio: ¿por qué tantos norteamericanos en esta ciudad mexicana? ¿y por qué tantos de ellos alcohólicos pertinaces?

Un domingo me dio por ir a presenciar la misa de la Catedral, que como dije se hacía con acompañamiento de sonoros mariachis y era oficiada por el célebre "obispo rojo" Sergio Méndez Arceo, tan execrado por la conservadora iglesia mexicana. Como todos los domingos, la Catedral cuernavaquense desbordaba de fieles, de turistas de paso y de curiosos que iban a espiar lo que ocurría en aquellos ritos poco menos que satánicos, según creían los derechistas haciéndose cruces.

Y al ubicarme entre los fieles observo, asombrado, que por encima del nivel de todas las cabezas asistentes, vueltas hacia el púlpito donde peroraba el obispo, sobresalían cuatro o cinco globos de esos inflados a gas, formando ramillete. ¿Qué hacían esos globos, tan disonantes con el lugar y la ocasión?

Recién pude averiguarlo al final, cuando concluyó el oficio, y la feligresía se dispersó; y entonces mi pasmo fue todavía mayor. Se me puede creer o no. Si me lo contaran a mí, por supuesto que no lo creería. Los cuatro o cinco globos estaban sujetos cada tantos centímetros todo alrededor del ala de un ancho sombrero de paja que conservó puesto todo el tiempo un señor de porte absolutamente serio, vestido con extraordinaria corrección y que se

desempeñaba con perfecta naturalidad. Para agregarle más absurdidad a aquella escena absurda, este señor conversaba con un grupo de personas, todas de aspecto igualmente respetable, que no parecían hacer el menor caso de aquella extravagancia nunca vista.

Supe después que este hombre que uno tomaría por un chiflado, era nomás un chiflado de nacionalidad norteamericana, radicado desde hacía años en Cuernavaca, y entregado caudalosamente a la bebida.

Después lo encontré en distintos lugares del Centro, y hasta haciendo gestiones en un banco -¡templo de las augusteces de este mundo!-, y siempre luciendo su imperturbable sombrero adornado con los cuatro o cinco globos atados en el borde del ala y navegando en los aires a más de medio metro por encima de la cabeza del extravagante.

Otro caso diferente fue el de Jesucristo Superestar; alcohólico, pero no demente. Con ese nombre bautizamos mi hijo y yo a un estadounidense que se alojó durante unos meses en la pieza vecina a la que ocupábamos en el hotel. Y lo llamamos así porque este hombre, con su larga melena de nieve pura cayéndole hasta los hombros, y una venerable barba de albura immaculada, podía recordar a un Jesús canoso o a alguno de sus apóstoles. Pero de venerable no tenía nada. Lo único que se le vio hacer en los meses que estuvo albergado en el hotel, fue caerse de borracho. La mucama que arreglaba su cuarto -una indígena que se pasaba descubriendo "espantos" por todos los rincones del hotel (así les llaman allá a los fantasmas)-, me contaba escandalizada que todas las mañanas sacaba de abajo de la cama de Jesucristo Superestar una botella de ron consumida hasta la última gota.

Podría agregar todavía a un pintor extraordinariamente culto, que circulaba alegremente en los ambientes artísticos de la ciudad. Una de sus borracheras merecerá mi agradecimiento eterno. Yo estaba sentado con mi mujer en la mesa de un bar y a él le dio por venir a acompañarnos trayéndose su botella de cerveza inseparable. Y en un arranque de generosidad que sólo un borracho de noble estirpe puede tener, se desprendió de un magnífico libro de arte que llevaba con él, nos lo dedicó con todo cariño ahí mismo, y nos lo regaló sin hacer caso de nuestras protestas, que probablemente no fueron demasiado vehementes. (Nunca dejo de imaginarme su desesperación a la mañana siguiente, cuando, despejado, tomó conciencia de su gesto. Yo traté, después, de restituirle el regalo, pero él se mantuvo en sus trece como un caballero).

Y así podría seguir enumerando incontables alcohólicos norteamericanos de los que tuve noticia, y que pululaban como mosquitos en Cuernavaca. ¿Por qué? Consulté a amigos mexicanos, y obtuve dos explicaciones; una en serio y otra en broma. La explicación en serio indicaba que estos norteamericanos, ya retirados de sus trabajos en su país, eran desde tiempo atrás notables alcohólicos, y como México resultaba para ellos mucho más barato, y sus ingresos eran por lo general exiguos, preferían venirse a vivir al lugar donde, con la misma cantidad de dinero, podían consumir el doble de alcohol. Y a eso se sumaba, para los de más edad, la benignidad perenne del clima deleitable de Cuernavaca.

Pero otros mexicanos bromistas explicaban que no era ésa la razón verdadera y que en realidad los tales borrachos eran espías a sueldo del gobierno norteamericano. En aquellos años las relaciones de México con su vecino, siempre difíciles, no estaban en su mejor momento, porque a Estados Unidos le preocupaba sobremanera la incierta evolución política que pudiera seguir México. Para precaverse -aventuraban mis amigos- lo habían inundado de espías.

La verdad es que resultaba más que problemático que pudieran intentar algún espionaje quienes vivían anegados de alcohol. Por eso mismo los mexicanos, maestros de la ironía, se divertían imaginándolos sagaces agentes de la CIA. Y la broma llegaba al disparate cuando le atribuían al loquito de los globos en el sombrero, nada menos que la jefatura de las operaciones

de espionaje en todo el territorio nacional y Centroamérica. Los globitos y la chifladura - explicaban muy serios- eran para disimular.

También resulta difícil imaginar a mi amiga la pintora ocupada en tareas de inteligencia política. Con mucha mayor razón si la retomamos en un momento que promete ser pródigo en acontecimientos: cuando acababa de tomar nota de la llegada al hotel del seminarista gordo, que tanto pareció intrigarla.

El inminente sacerdote pasó esa tarde de su llegada sumido en la lectura. Se sentó a la sombra del espacioso magnolio del hotel, que lo protegía del sol de la media tarde, y allí estuvo largo rato entregado a la meditación, repasando devotamente lo que se adivinaba desde lejos que era un texto sagrado. Apostaría que reflexionó -según indicaba su cara reconcentrada, a veces transida- acerca de la trivialidad de las atracciones mundanas, el peligro de las seducciones que se nos cruzan a cada momento, capaces de arrastrar al ser humano hacia la senda del pecado y hacerle extraviar el camino de la vida eterna.

A veces, desde mi reposera no demasiado alejada del magnolio acogedor, lo vi interrumpir la lectura y quedarse ensimismado, con la vista perdida en el vacío. No puedo asegurarlo, pero hasta me pareció que movía apenas los labios, como en una recoleta oración. Se levantó al cabo de un largo rato de leer y meditar a solas, y lo vi marcharse con paso solemne hacia su habitación en el primer piso. La norteamericana no se vio en toda esa tarde.

A la hora de la cena, cuando los comensales ocupábamos nuestras mesas habituales en el comedor, algo desusado ocurrió. Apareció nuestra amiga la pintora, pasó entre todos los huéspedes dirigiéndonos un saludo casi imperceptible, y se encaminó con aire ausente hacia su mesa. Pero lo que sorprendió a todos fue que, por primera vez desde que la conocíamos, llevaba en la mano un hermoso candelabro de plata, que colocó frente a su plato. Acto seguido encendió la vela y adoptó una expresión delicada e impasible.

Al ratito, aparece en el salón el seminarista recién llegado. Ingresó al comedor con imponente adustez procesional, los ojos bajos, el ceño gravemente visitado por pensamientos de elevada espiritualidad. Vestía el traje gris oscuro que tenía al llegar, que acaso combinara con su próxima profesión sacerdotal, pero para nada con la calidez sensual de la noche. El digno huésped dejó caer entre las mesas un sobrio "buenas noches" proferido entre dientes y al barrer, eligió una mesa vacía y allí se sentó.

Pasó unos minutos revisando la carta, pero mis ojos registraron que los ojos del seminarista registraron la vela encendida no lejos de su mesa. Sin embargo, puedo dar fe de que desvió rápidamente los ojos hacia el plato y no los despegó de allí durante la cena frugal que eligió. Es cierto: en las pocas ocasiones en que levantó la copa para beber su vino, no tuvo más remedio que reparar, seguramente contra su voluntad, en el temblor de la vela.

Doy fe, asimismo, de que la norteamericana en ningún momento de la cena bajó a tierra. Sus ojos no se apartaron ni por broma de las magnolias que, casualmente, habían desplegado sus espléndidos pétalos por esos días, resplandeciendo en el comedor abierto a la noche cuernavaquense. Yo nunca había visto un arte igual para ignorar a alguien diciéndole "aquí estoy" sin decir nada.

A la noche siguiente, los sismógrafos del hotel registraron una novedad de bulto: la norteamericana llegó al comedor y pasó entre las mesas como una reina sin hacer mayor caso de los huéspedes que éramos sus amigos; pero esta vez traía, en vez del candelabro de la noche anterior... ¡dos candelabros con sus respectivas velas! La pintora ocupó con noble pompa su

mesa, encendió las dos velas y agregó una botella de vino tinto en medio. Y ahí quedó.

Cuando poco después cayó el seminarista, volvió a saludar con su severidad conocida, y se sentó con estilo eclesíástico en la misma mesa de la noche anterior. Dos transformaciones, sin embargo, llamaron la atención de los observadores: esta vez había domado su pelambre y había conseguido hacerse un peinado demasiado relamido para su estilo; y además ya no traía el traje gris de la víspera, sino que lucía una camisa sport blanca, de impecable planchado y con dos detalles que no dejaron de sorprender y desconcertar a la concurrencia atenta: la camisa era de manga corta (Ave María Purísima) y bastante despechugada, dejando asomar un vellamen negro y espeso, Dios me perdone.

Mis ojos registraron que la americana registró el cambio (para ser exacto, registró, más que la camisa, el vellamen.) Y a la vez mis ojos registraron que los ojos del seminarista registraron por su parte los dos candelabros erectos.

Nada más ocurrió durante el transcurso de la cena, pero una vez terminada, la norteamericana recogió los dos candelabros, hizo una evolución un tanto errática que la llevó casualmente hasta frente a la mesa del seminarista, saludó en un susurro, partió rauda.

A la tercera noche, con alevosa sabiduría, ella no apareció en el comedor. El seminarista sí, y se lo vio toda la cena mustio como un pollo mojado. Mis ojitos registraron cómo sus ojitos estuvieron buscando en todas direcciones, y de tanto en tanto se posaban con desolación en la mesa desierta, sin velas encendidas y sin norteamericana.

Los cronistas del hotel, aunque solían no perderse detalle de cuanto ocurría en el establecimiento, ignoran hasta hoy cómo se desarrollaron los acontecimientos decisivos. El hecho cierto es que a la cuarta noche volvió la norteamericana, volvieron los dos candelabros, volvió la botella de vino tinto, volvió el seminarista, volvieron los vellos de su escote hirsuto, ¡pero ahora se sentaron juntos en la mesa de ella! La rutilante novedad produjo un remolineo de asombro entre los espectadores que allí estábamos, aunque supimos disimular con admirable estilo. Puedo jurar que la conversación de la pintora y el santo varón fue todo el tiempo morigerada y circunspecta, como cuadra a personas graves y teologales. Al final de la cena, ella fue la primera en retirarse a sus aposentos, llevándose un candelabro en cada mano; y él quedó solo por un buen rato, sumido en piadosos pensamientos.

A la quinta noche se repitió la escena, pero ahora la conversación fue menos teológica. Hubo risitas francas de la pintora y equívocos esbozos de sonrisas que resultaban un tanto escandalosas en un próximo cura. La retirada fue idéntica a la de la víspera.

Pero a la sexta noche, para asombro de todos los que presenciábamos la escena, el ceremonial de clausura de la cena cambió: los dos se levantaron al unísono, cada uno tomó un candelabro, y así, como en procesión devota, se retiraron juntos y majestuosos del comedor, con un "buenas noches" doble, de ejemplar medida, que todos contestamos con educación intachable, propia de gente mundana y muy vivida.

Ni qué decir que a la séptima noche no bajaron ninguno de los dos.

En los días siguientes, ni la pintora ni el seminarista fueron vistos juntos desde ninguno de los observatorios del hotel, alertas como nunca.

Ella andaba como etérea, llevando en sus labios, apenas apuntada, una sonrisa beatífica. Invariablemente lucía en el cuello un pañuelo de gasa lila, el color que servía para indicar la ventura de su dueña.

El seminarista, por su parte, ya no leía bajo el magnolio, ni se le vio entre manos texto sagrado alguno. Se le contabilizaron, en cambio, varias camisas sport de alegres motivos, y todas despechugadas con creciente atrevimiento. Hasta se lo vio jugar al ping-pong con el hijo

del dueño del hotel.

A la hora de la cena, la mesa de la pintora se mostró tozudamente desierta todos esos días. Se ve que habían optado por no comer, los dos místicos.

Hasta que una noche, intempestivamente, vimos reaparecer a la norteamericana en el comedor y ocupar su mesa como si nada ocurriera. No llevaba candelabro ni pañuelo lila. Pero tampoco la menor sombra de contrariedad ni de duelo. Se la vio elegante y sonriente, juvenil y serena, según su estilo más celebrado.

Sólo después supimos que en ese preciso momento, el seminarista estaba pagando en la Recepción del hotel, recuperados el traje adusto, el cuello abotonado y la corbata del primer día; y que recogía su valija para marchar al encuentro de Dios.

Y mis ojitos registraron cómo los ojitos de la norteamericana registraron a la distancia la partida, pero sin un temblor, sin una veladura del ánimo. Levantó apenas la copa de vino, bebió un trago cortito. Así lo despidió. Ella no era mujer de apartar a hombre alguno de su vocación. Pero sí era mujer capaz de cantarle a las glorias del mundo en honor de quien había resuelto apartarse de él. Como buena católica, aceptaba que acercarse a Dios es el más encomiable camino, pero a condición -enseñó la sabia- de no desprenderse del mundo maldiciéndolo o renegando de sus hermosuras.

No voy a detenerme en los detalles de lo sucedido dos o tres meses después del seminarista. No quiero ensombrecer esta evocación de una mujer luminosa. Lo dejaré apuntado apenas, como en telegrama, pasando lo más rápidamente que pueda por encima de los hechos infaustos: restaurante en el centro de Cuernavaca; mariscos en mal estado; intoxicación galopante; médico irresponsable. Cuando, desesperado, llamé a las seis de la mañana a un médico amigo y lo saqué de la cama, ya no había nada que hacer en favor de la norteamericana.

Y basta. Quiero que quede aquí una sola imagen final de mi amiga. Necesito conservarla en la memoria con su gracioso sombrero de paja adornado con una cinta primaveral, un pañuelo de gasa lila en el cuello, un candelabro con su vela encendida en la mano izquierda, una copa de vino en la derecha. Y en la sonrisa, en los ojos azules, una afirmación perenne del gusto de vivir. Así.